



El destino final de Dayu Matsumura

Ángeles en Tokio III

Naru Ishida

No está permitida su libre distribución ni intento de plagio.

www.naruishida.com



Capítulo 26

La discípula de Gabriel

Un tenue rayo de luz iluminaba una cuna donde dormía un bebé, un ángel recién nacido. En la habitación, de paredes blancas con adornos dorados, se encontraba Asgaard, que lo miraba fijamente mientras aguardaba. El bebé dormía plácidamente y despertó en cuanto la puerta se abrió y alguien más entraba, haciendo que se levantase un poco de aire y se agitase la cortina de seda de la ventana abierta.

El arcángel que había entrado cerró la puerta tras de sí con cuidado y se acercó a la cuna, junto a Asgaard, que seguía observando al bebé, luego se dirigió al arcángel.

— Rafael, he hecho todo lo que estaba en mi mano para traerla de vuelta, sin embargo... ya sabes que únicamente puedo devolver el alma a un contenedor, este ha sido el más reciente.

— Mi Señor, esto es mucho más de lo que esperaba y no quiero que cuestione su poder. Aunque esto suponga que ya jamás vuelva a estar con ella, únicamente quiero que viva su nueva vida, feliz, es todo cuanto deseo.

— Eso te honra Rafael, pero si llevas a cabo la misión que te he encomendado, existe una mínima posibilidad de que vuelvas a estar junto a ella.

— Con eso me basta para ponerme a sus órdenes. —concluyó mientras acercaba su gran mano al rostro del bebé, suavemente le acarició la mejilla. Era una niña de piel muy pálida y mofletes

sonrosados, abrió unos enormes ojos de color castaño oscuro y observó al arcángel en silencio y con sorpresa, como absorbida por lo que veía, abriendo su diminuta boca.

— Será muy duro, Rafael.

— No me importa. —ahora el bebé reía y alzaba el brazo, el arcángel dejó que atrapase con su pequeña manita un enorme dedo meñique.

— Azazel jugará sucio y no solo tendrás que someterte a su voluntad, sino también incumplirla. No hay que levantar sospechas.

— Lo comprendo... Mi Señor, una pregunta ¿quién la instruirá?

— Será la discípula de Gabriel, vivirá en el mundo humano. No te preocupes, estará bajo su protección. Ahora lo que necesito de ti es que protejas a mi hermano pequeño, ofrécete como su instructor, no tendrás problemas con Azazel y al mismo tiempo, podrás recabar toda la información posible. —Hizo una pausa— Tendrás que vivir como un renegado, Rafael.

— No me importa —repitió sin dejar de observar al bebé. — Mi Señor, usted me la ha traído de vuelta y si para pagar mi deuda tengo que ir al mismísimo Inframundo, lo haré. Haré lo que sea... —añadió esta última frase en un imperceptible susurro. Asgaard tan solo asintió con la cabeza, admiraba la valentía de su más fiel arcángel.

— Te dejaré un rato a solas, para que puedas despedirte. Recuerda que esta noche se completará el ciclo— dicho esto se marchó e igualmente se levantó una brisa al abrir la puerta, haciendo que la cortina se agitase de nuevo.

Al dirigir su vista hacia el bebé, parecía que este iba a llorar pues apretó mucho los labios y comenzó a hipar, como temiendo lo que le aguardaba.

— Ya, ya, para mí también es duro... —dijo mientras cogía a la niña en sus fuertes brazos para intentar que no llorase— Vaya... mi dulce prisionera. Espero que algún día podamos encontrarnos de nuevo, aunque no podamos ni siquiera recordar nuestros nombres, aunque seamos dos personas completamente diferentes... dos desconocidos —terminó susurrando. La niña le observaba como si estuviese presa de un hechizo, el aspecto de Rafael era joven, un hermoso arcángel de rudas y bellas facciones, pero aún sin ninguna marca en su rostro, ninguna cicatriz. — Tendré que mentir para sobrevivir, y realizar actos de los que luego no me sentiré orgulloso, pero es algo necesario, es importante. Lo haré por ti, prisionera. Solo... por ti.

El ciclo duró un total de ocho semanas. La cita era cada viernes a la misma hora, a las doce de la noche. Ocho veces, pues esa era la norma allí, y aquello, era muy diferente a como era en el Inframundo.

Ese día y a esa hora, Rafael se dirigía a otra habitación y cerraba la puerta. Primero contemplaba el orden y la pulcritud, todo blanco y tan luminoso que dañaba la vista. Luego la

veía a ella, con un vestido blanco y su pelo rubio platino, sedoso, que caía grácilmente por su hombro. Sin decir nada, dejaba caer el vestido al suelo para quedarse completamente desnuda, tímida, avergonzada. Su cuerpo femenino era un escándalo.

A continuación hacían el amor para completar un nuevo ciclo. Ella gemía y resoplaba entre los fuertes brazos de Rafael, a quien le latía el corazón de una forma diferente, incluso haciéndole sentir que la amaba. Era necesario, pues el amor, le dijo, era un factor importante, si no, todo sería en vano. Es por eso que lo dio todo, por su confianza y lealtad.

Así que... sí, en aquel momento la amó, pues era totalmente necesario ya que él, Rafael, era el elegido.

— No podemos perder — le dijo.

Habían hablado mucho del tema antes de hacerlo. Tuvieron que eliminar las dudas, la vergüenza, pero sobre todo, el sentimiento de culpa. Eso haría mucho daño al proceso, por lo que concienciarse fue clave antes de empezar, y Rafael tuvo que dejar de lado preguntas como "¿Gabriel se lo está tomando bien?", pues sabía que ellos se amaban. No lo decían, obviamente, pero era algo que se notaba.

La primera vez fue la más difícil, pero la superaron. Y cuando llegó la última, Rafael pudo sentir realmente la oportunidad que se le estaba brindando y que por nada del mundo perdería.

Él, era el elegido. Y eso, era el mayor privilegio que se le podía conceder a un arcángel.

La última vez, aquel viernes recordaba que ya estaba sobradamente preparado y... cuando ella se acercó a él, cuando comenzaron con los besos y las caricias, se lo propuso. La tenía ya tumbada en la cama con aquella expresión angelical, Rafael se acercó despacio y acarició su cabello rubio, sedoso.

— Quiero que adoptes tu verdadera forma. — dijo sin rodeos, pues para la última vez no quería engaños, estaba preparado para tomar aquello que quería recibir, pero lo quería de una forma directa, sin máscaras ni disfraces tras los que ocultarse.

— ¿Estás seguro?— preguntó ella.

— Sí. Además sabes de sobra que así tendrá un mayor efecto.

Ella asintió y se abrazaron.

Rafael sintió cómo los pechos voluptuosos de ella se desvanecían, cómo todo su cuerpo parecía encoger de repente y se dio cuenta que en verdad, no le importaba, pues él era igualmente hermoso y lo que le iba a dar no tenía precio, ni en este, ni en ningún otro mundo.

Se miraron durante unos segundos, y para demostrarle que realmente estaba decidido, Rafael le besó en los labios mientras ahora acariciaba otra intimidad a la que no estaba tan acostumbrado.

— Rafael... —gimió mientras escondía la cara. Él le tomó de la barbilla para que observase de nuevo.

— Asgaard, llámame por el nombre de mi contenedor, me gusta más.

Él asintió. Rafael sonrió para hacerle sentir mejor, pues sabía que esto era duro para él. Depositar en alguien su amor, su poder... Y así también le tranquilizó, haciéndole saber que no le importaba tomar su cuerpo de hombre. Asgaard, aunque era un gran dios, su cuerpo era pequeño y parecía tan frágil como el de un niño.

Ahora Rafael, tenía aquel poder entre sus brazos; y lo quería, dentro de él.

El rostro de Asgaard era casi el mismo que cuando se transformaba en mujer. Pura belleza, pura luz.

Más tarde se daría cuenta, que era la misma luz que desprendía su hermano Alejandro, cuando se acostó con este en el Inframundo.

— Debes protegerle, Saito —dijo entre susurros— es todo lo que tengo de mi familia y...

En esos momentos lloraba en silencio. Sentir ese amor por alguien y luego tener que apartarlo de tu vida, era algo demasiado duro para un alma tan buena y noble.

— Lo haré, te lo prometo... Asgaard.

De nuevo se besaron, Asgaard le acarició con dulzura y Saito hizo lo mismo.